

LA FAMILIA DEL GENERAL SAN MARTIN

El linaje del general San Martín entronca con viejas familias de limpio origen castellano. El progenitor, don Juan de San Martín, había nacido en Cervatos de la Cueva, el 3 de febrero de 1728. Era Cervatos una aldea de modestas viviendas y su nombre proviene de un arroyuelo que corre por la comarca. Pertenece, en lo religioso, a la jurisdicción del obispado de León, y en lo político al ayuntamiento de Palencia.

Don Juan era hijo de don Andrés de San Martín y de doña Isidora Gómez, ambos viudos cuando contrajeron enlace. Seis días después de su advenimiento fué bautizado en la iglesia parroquial de San Miguel de Cervatos de la Cueva y se le dió a San Blas por abogado.

Hijo de labrador, sus recursos económicos debieron ser modestos. Es posible que la roturación de la tierra no colmara las ambiciones del joven, y como tenía sus duendes —al decir de un autor— pidió y obtuvo una plaza de soldado en el Regimiento de Infantería de Lisboa cuando aun no había cumplido los veinte años. Peleó bravamente contra los moros y alcanzó merecidos ascensos. Su espíritu, de índole inquieta y errabunda, lo llevaría a otras playas.

Hacia 1765 llegó a nuestras tierras. Acá se le confiaron delicadas tareas que el buen castellano cumplió celosamente. Tuvo a su cargo la instrucción del Batallón de Milicias en la época del gobierno de don Pedro de Cevallos. En la Banda Oriental estuvo al frente de los partidos de las Vacas y las Víboras y su administración se caracterizó por la laboriosidad y

la honradez, aumentando los recursos con enérgicas y acertadas medidas.

Pero donde realmente habría de destacarse don Juan fué en el gobierno de las Misiones, en uno de cuyos pueblos —Yapeyú— había fijado su residencia. Sus iniciativas fueron múltiples y el resultado de las empeñosas gestiones que llevó a cabo para lograr la pacificación e instrucción de los naturales merecieron calurosos elogios. El cabildo de Yapeyú habría de decir en una declaración de fecha 9 de diciembre de 1780, que había ejercido el gobierno “con amor y caridad sin que para ello faltase lo recto de la justicia”.

Doña Gregoria Matorras, su esposa, nació en Paredes de Nava —la tierra de Manrique—, a escasa distancia del solar en que viera la luz don Juan de San Martín, el 12 de marzo de 1738, y fué bautizada en la parroquia de Santa Eulalia. Fueron sus padres don Domingo Matorras y doña María del Ser, descendientes de “cristianos viejos, honrados y de sangre limpia”, según así consta en una información levantada por don Rufino San Martín, hermano del héroe, para ingresar al regimiento de “Guardias de Corps”.

Con esta “doncella noble”, según expresión del padre del Libertador, se casa don Juan por poder el 1º de octubre de 1770. Tres años hacía que la desposada residía en el Río de la Plata. Un superior designio quiso que estas dos vidas se uniesen para dar el fruto que habría de asombrar al mundo con sus extraordinarias hazañas y sus excelsas virtudes. Pero ambos progenitores murieron sin sospechar tal vez el mágico destino del vástago indiano: don Juan en Málaga en los últimos días de 1796, y doña Gregoria también en tierras de España en las circunstancias que luego veremos.

Cinco hijos tuvo el matrimonio: María Elena, Manuel Tadeo, Juan Fermín, Rufino y José Francisco. Los cuatro varones se consagraron a la carrera de las armas en España, y de los cuatro sólo José habría de regresar a la tierra natal llamado por la voz del destino. Nuestro prócer sintió por ellos un amor entrañable y profundo que no lograron entibiar las

prolongadas ausencias. Pero a quien le dispensó un cariño devoto y permanente fué a su hermana María Elena, a la que recordaba sin cesar en su larga expatriación.

Las últimas investigaciones realizadas han logrado hacer luz sobre esta hermana del Libertador. No fué la menor, como se había creído, sino la primogénita. Nació el 18 de agosto de 1771, y le llevaba, por consiguiente, seis años y medio a José. Es casi seguro que éste le profesase tanto cariño por los cuidados que ella debió prodigarle en su niñez en razón de los muchos empeños de la madre, entregada al cuidado de su esposo, sobre quien ya pesaban las fatigas de la edad y del trabajo incesante.

Cuando la familia San Martín se radicó en España, allí contrajo enlace María Elena con el funcionario de la Corona don Rafael González de Menchaca. San Martín siempre la tuvo presente, así como ella no había de olvidarlo nunca. Ese afecto recíproco queda en evidencia con el retrato que ella le obsesara cuando el Gran Capitán vivía de recuerdos en su solitario retiro de Grand-Bourg, y con la cláusula testamentaria de San Martín que ordenaba se le entregase una pensión vitalicia de mil francos mensuales; sin olvidar a su hija Petronila para quien disponía también una suma menor así que se produjera la muerte de la madre.

* * *

Un día de marzo de 1812 arribó a Buenos Aires la fragata inglesa "Jorge Canning". A su bordo viajaban algunos distinguidos compatriotas, y, entre ellos, el teniente coronel de caballería don José de San Martín.

¿Quién era este hombre de apenas 34 años, alto, morocho, de brillantes ojos negros de profundo mirar, al que en las tardes solíase ver por las calles porteñas en compañía de don Carlos de Alvear?. El apellido, en verdad, no era desconocido, pero muchos ignoraban que en España había llevado una exis-

tencia heroica durante largos años, guerreando sin cesar en defensa de los intereses y de la integridad de la península.

En la ciudad de Mayo gobernaban Rivadavia, Pueyrredón y Chiclana. Eran los días iniciales de la patria nueva. Vivíanse jornadas de altos ensueños y de fecunda labor, conducido el país por la mano enérgica de ese triunviro clarovidente que algunos años más tarde llenaría con su nombre toda una época de la historia argentina. A ese gobierno que luchaba denodadamente por conservar la paz y conquistar la independencia habría de ofrecerle su limpia espada el peregrino que regresaba al solar nativo después de larga ausencia.

Puesto a la tarea de organizar un regimiento de granaderos a caballo, el bizarro coronel no se dió tregua en su empresa. Casi todas las horas del día las dedicaba a la preparación de sus soldados, y las voces de mando poblaron de rumores el barrio del Retiro. Casi todas sus horas... porque algunas dejó para compenetrarse del ambiente social y vincularse a los hombres en quienes habría de buscar apoyo para llevar a cabo su gran ensueño de emancipación continental.

Uno de los hogares distinguidos que con mayor asiduidad frecuentaba don José de San Martín era el de don Antonio José de Escalada, en cuyos salones de gran tono se debatían los problemas candentes de la organización del país. San Martín, amable, correcto, mesurado, era escuchado con respetuosa atención. Su hermosa estampa de varón atraía las simpatías de la concurrencia. Damas y caballeros rodeaban al recién llegado y quedaban suspensos de su palabra, armoniosa, serena, persuasiva. Era, indudablemente, un hombre superior, y nadie que lo tratara una vez podía resistir al deseo de encontrarse nuevamente con él. Muchos de sus compatriotas así lo atestiguan, pero es interesante destacar que fueron no pocos extranjeros los que mejor captaron la modalidad de su carácter, fundido en cuño de noble señorío. Un norteamericano, Enrique M. Brackenridge, escribió: "Hay algunos hombres que poseen un no sé qué indescriptible que impone confianza y respeto, aun antes que cualquier cosa notable haya aparecido en sus actos. Su grande apli-

cación a las tareas profesionales, su alta reputación de integridad, prudencia y rectitud moral, le aseguraron en el acto la estima de los respetables entre sus conciudadanos. Los extranjeros le admiraban todavía más que sus paisanos, por estar más libres de los vicios de los criollos y tener vistas más amplias y liberales”. John Miller, inglés, lo retrató así: “San Martín es alto, grueso, bien hecho y de formas marcadas; rostro interesante, moreno, y ojos negros rasgados y penetrantes. Sus maneras son dignas, naturales, amistosas, sumamente francas y que disponen infinito a su favor. Su conversación es animada, fina e insinuante, como la de un hombre de mundo y de buen trato”. Otro viajero inglés —Basilio Hall—, que tuvo una entrevista con San Martín en el Callao en la época de los grandes triunfos militares del héroe, confirma las anteriores apreciaciones: “Es un hombre hermoso, dice, alto, erguido, bien proporcionado, con gran nariz aguilena, abundante cabello negro, e inmensas espesas patillas oscuras que se extienden de oreja a oreja por debajo del mentón; su color era aceitunado obscuro, y los ojos, que son grandes, prominentes y penetrantes, negros como azabache, siendo todo su aspecto completamente militar. Es sumamente cortés y sencillez, sin afectación en sus maneras, excesivamente cordial e insinuante, y poseído evidentemente de gran bondad de carácter; en suma, nunca he visto persona cuyo trato seductor fuese más irresistible”.

En esa casa patricia ubicada en el corazón mismo del Buenos Aires de entonces, don Antonio José Escalada y su esposa doña Tomasa de la Quintana hacían los honores de su fina hospitalidad. Era costumbre efectuar reuniones muy frecuentes en las que se daban cita distinguidas figuras de la sociedad porteña. Se conversaba alegremente sobre los temas más variados, los jóvenes bailaban las ceremoniosas danzas de la época y las personas maduras planeaban programas de gobierno o empresas militares. “Todo era complacencia y contento, dice Wilde en sus interesantes recuerdos, evocando aquellas tertu-

lias del pasado; trato franco, sencillez de costumbres, sinceridad en las relaciones''.

Don Antonio José era un caballero que frisaba en los sesenta años cuando San Martín frecuentaba su salón. Su esposa, muchos años menor que él, era igualmente amable y distinguida en el trato con sus familiares y amigos. El señor Escalada había contraído enlace en segundas nupcias con doña Tomasa, y de su primer matrimonio con doña Petrona Salcedo —sobrina del virrey don Juan José de Vertiz—, habíale quedado una hija —María Eugenia—, la que pocos meses antes del nacimiento de Remedios —ocurrido el 20 de noviembre de 1797— habíase casado con don José Demaría.

Era, pues, casi una niña la hija del señor Escalada cuando conoció al bizarro jefe de los granaderos en el salón lujoso de sus padres. Frágil y delicada, sus quince años escasos rindiéronse al amor del hombre que había regresado del viejo continente para cumplir en América una misión de trascendencia ecuménica.

Muy poco tiempo duró el noviazgo. Obtenida la licencia que solicitara al gobierno el coronel San Martín, las bodas se realizaron en los últimos meses de 1812. Deslumbrante de belleza y de gracia, el aspecto de Remedios parecía aun más infantil al lado de ese hombre enorme como una montaña "a cuya sombra —al decir de Ricardo Rojas— florecería su amor, como en la abrupta falda de los Andes una flor del aire".

Algunas semanas después del enlace San Martín debió dejar en Buenos Aires a su joven esposa urgido por sus proyectos militares. El 3 de febrero de 1813 tuvo lugar la batalla de San Lorenzo, en la que casi pierde la vida el jefe patriota. Comenzó para Remedios una existencia de permanente zozobra. ¡Cómo ambicionaba estar al lado de su marido para acompañarlo en los momentos de peligro! Pero su esposo no se lo hubiera permitido, y ella, por otra parte, no tenía salud para seguir al héroe en su hazañosa empresa.

Ese año de 1813 se iniciaba pleno de presagios felices para la causa de la libertad. El 31 de enero había tenido lugar la

solemne instalación de la Soberana Asamblea, entre cuyas principales disposiciones se cuenta la abolición de la compra-venta de esclavos y de los títulos de nobleza; fué ella la que mandó quemar los instrumentos de tortura, la que decretó la libertad de comercio y de tránsito, la que aprobó el Himno Nacional, adoptó la bandera blanca y celeste creada por Belgrano en un momento de sublime inspiración y la que consagró el 25 de Mayo como fiesta cívica, fasto glorioso en la historia de la patria naciente. Con el triunfo de San Lorenzo se asestó un golpe de muerte a la piratería que obstruía el libre comercio en nuestros ríos y mantenía en perpetua alarma a las indefensas poblaciones ribereñas. La batalla de Salta fué otro gran paso en la marcha de la Revolución. Luego se oscureció la estrella de Belgrano y repetidos desastres sufridos por sus tropas decidieron al gobierno a relevarlo del mando del Ejército del Norte, nombrando en su reemplazo al general San Martín.

Por entonces recibió de su hermana María Elena, que residía en Europa, la triste nueva del fallecimiento de su madre: “No sé si esta carta que después de tantos años de silencio te dirijo —le decía— llegará a tus manos tan pronto como yo quisiera, pues ignoro si vives en Buenos Aires —ciudad que tengo tan presente en mis recuerdos de niña— o si andarás en campaña contra los enemigos de la libertad de esa patria tan digna de ser dichosa.

“No son buenas noticias las que tengo que darte; pues terminó mal el invierno para nosotros y empezó peor la primavera. Nuestra venerada madre nos venía dando mucho que temer durante todo el invierno último por el mal estado de salud y su avanzada edad. Pero decíamos, esperanzados: Si pasa la estación de los fríos, seguramente la primavera le será favorable, y se repondrá bastante, como para traerla con nosotros a Madrid.

—“¿Cómo? —te preguntarás—. ¿Y dónde ha estado Madre? Por razones que sería largo explicar, ella estaba en Galicia, en la villa de Orense, rodeada de muchas relaciones y gente buena. Allí es donde ha muerto (¡que el Señor la tenga

en su santa gloria!), el lunes 29 de marzo, dos semanas y dos días después de su último cumpleaños que fué el 12, como recordará, y en que enterró los setenta y cinco de su trabajada edad.

“No he recibido cartas detalladas de Orense; pero estoy segura, aunque no me lo hayan dicho, de que a todos ha de haber recordado y bendecido en sus últimos días. La quería tanto la gente de la villa que su entierro se vió concurridísimo, hasta por las autoridades. Sus restos fueron sepultados en el convento de Santo Domingo con todas las honras.

“Aunque podías esperar este fallecimiento, no por eso dejarás de sentir mucha pena. Yo, tu hermana mayor, querría encontrarme cerca de ti en estos momentos. Pero tendrás un angel que te consuele en Remedios, tu esposa, a quien considero como a una especie de hada con que Dios ha querido alegrar tu camino”.

En otro párrafo se refería a la campaña emancipadora en que estaba empeñado San Martín, advirtiéndole que tanto ella como su esposo don Rafael González de Menchaca nada tenían que objetar con respecto a su conducta. “Comprendemos muy bien —decía María Elena— que tú guerreas en América por la independencia de esos pueblos en mira de que gocen los ciudadanos de la debida libertad y de todos los derechos del hombre. Yo, no obstante vivir en España, siento como americana y digo que toda América merece la independencia. No tengo duda de que nuestra madre sentía lo mismo que yo”.

En medio de tantas aflicciones dirigióse San Martín al norte. En la Posta de Yatasto tuvo lugar su encuentro con el general Belgrano. Ambos jefes lloraron abrazados. El creador de nuestra bandera confióle al futuro libertador las hondas penas de su alma noble y generosa y el general San Martín comprendió como nadie la grandeza de aquel varón ejemplar.

Después San Martín pasó a Córdoba. Empezaban a mortificarle los achaques y recién estaba en los comienzos de la epopeya magnífica. En Saldán, junto al arroyo que da nombre a la región, instalóse el General en la finca del doctor Eduardo

Pérez Bulnes. Su salud inspiraba temores. Había tenido vómitos de sangre, lo que hacía pensar en alguna enfermedad de origen pulmonar. Pero se restableció pronto, sin embargo. El aire limpio de las sierras y la alimentación adecuada le devolvieron las perdidas fuerzas. Allí quizás, en el retiro silencioso y apacible de Saldán, concibió el proyecto del cruce de los Andes. Allí, talvez, la imaginación de nuestro Gran Capitán ensayó el vuelo por las cumbres nevadas a las que llevaría el glorioso pendón de la victoria.

En agosto de 1814 el Directorio designó a San Martín gobernador intendente de Cuyo. Se realizaba uno de sus grandes anhelos. En Mendoza prepararía el ejército con el que habría de llevar a cabo la estupenda campaña de los Andes. Había algo, con todo, que entristecía al General: la ausencia de la esposa, que ya se prolongaba demasiado. Escribió a Buenos Aires instándole a Remedios a reunirse con él. Poco después recibió carta del director don Gervasio Antonio de Posadas, gran amigo de la familia de Escalada, en la que le decía: "En breve tendrá allí a su costilla, con cuya amable compañía hará una vida tranquila y deliciosa". Por otro correo hacíale saber su oficioso informante: "Por fin ya partió su madama, la cual no ha tenido la culpa en la demora sino sus padres (según ellos mismos me lo han dicho) pues no han querido que pase a un país nuevo sin todos los atavíos correspondientes a su edad y condición. Al fin son padres y es forzoso que los disculpe usted".

La llegada de Remedios endulzó las horas del General. Ahora, al fin como premio a sus fatigas, tendría el afecto cariñoso de su esposa. Entregado a una labor titánica, necesitaba el arrullo de su voz, el calor de su presencia, la tibieza en el hogar que tanto ambicionaba.

Fué Remedios una leal y eficaz colaboradora en los planes de su marido. Ambos disfrutaban del afecto de la población mendocina; y en medio de la felicidad de que gozaban, la amplia casona del gobernador vióse alegrada un día con la llegada de una niña. El 24 de agosto de 1816 nació Mercedes, hija

unigénita del Gran Capitán, orgullo de su vida y compañera inseparable en los días largos de su voluntario ostracismo.

Fueron para San Martín jornadas de plenitud aquellas vividas en Mendoza. Junto a la esposa y a su tierna hijita, la preparación bélica y la actividad creadora en el gobierno encontraban descanso en el hogar austero, que pronto, sin embargo, habría de abandonar para seguir el derrotero trazado por su afán de liberar de la opresión a medio continente.

A comienzos de 1817 se produjo la separación. El Ejército de los Andes iniciaba su gloriosa campaña y el general San Martín tuvo inevitablemente que alejarse de los suyos. Remedios emprendió el regreso a la metrópoli con su niña de pocos meses. Una galera las llevaría por solitarios y polvorientos caminos. En Buenos Aires los abuelos y los tíos esperaban ansiosamente la llegada de la "Infanta Mendocina".

En el hidalgo hogar porteño de los Escalada Merceditas creció en gracia y bondad, en tanto que su madre, la dulce Remedios, se agostaba día a día, víctima de cruel dolencia. Así pasaron varios años, siempre a la espera del regreso de su Capitán, que jornada tras jornada se cubría de gloria. El guerrero, mientras tanto, pensaba sin cesar en los suyos añorando la dicha del hogar mendocino.

La gravedad del mal que padecía Remedios se acentuó en los primeros meses de 1823. El 3 de agosto falleció. Pocos días faltaban para que Merceditas cumpliera sus siete años. Y como ya había muerto el abuelo don Antonio José, en el viejo caserón doña Tomasa y Merceditas lloraban su soledad y su desgracia.

La abuela, con su ternura inagotable, contribuyó no poco a que la niña tornárase indisciplinada y díscola. Cuando aquel día caluroso de diciembre de 1823 el General llegó a la casa de su suegra, Chiche —como él llamaba a Merceditas— tenía trastornada a la familia con sus travesuras y caprichos, bien que abuela y tíos habían fomentado sus rebeldías con mimos y concesiones. La niñita creíase dueña de sí misma y la presencia de su padre no lograba cambiar la índole de su tempera-

mento. Pensaba el General que mientras su infanta mendocina estuviese al cuidado de la familia nada bueno podía esperarse de ella. Por eso decidió alejarla de Buenos Aires y radicarse en el viejo mundo, donde podría vigilar su educación sin perniciosas influencias y hacer de ella una mujer modelo. En carta al general Guido habría de decir tiempo después San Martín: "Cada día me felicito más y más de mi determinación de haber conducido mi chiquilla a Europa y arrancarla del lado de doña Tomasa; esta amable señora con el excesivo cariño que la tenía me la había resabiado —como dicen los paisanos— en términos que era un diablote. La mutación que se ha operado es tan marcada como la que se ha operado en figura. El inglés y el francés le son familiares como su propio idioma y su adelanto en el dibujo y música son sorprendentes. Ud. me dirá —agrega— que un padre es un juez muy parcial para dar su opinión, sin embargo mis observaciones son hechas con todo el desprendimiento de un extraño, porque conozco que de un juicio equivocado pende el mal éxito de su educación".

El Libertador, luego de rendir homenaje a la esposa haciendo grabar en su sepulcro una leyenda que es expresión fiel de su espartano temperamento, se embarcó para Europa con su niña a bordo de "La Josephine", transbordando en Río de Janeiro al bergantín "Le Bayonnais". Acompañábalo un indiecito peruano —Eusebio Soto— que habría de ser fiel servidor de la familia en los dilatados días del exilio del prócer. Mercedes hizole pasar malos momentos a su padre durante la travesía y éste vióse en la necesidad de "tenerla arrestada" en su camarote, como lo contó en una de sus epístolas, a fin de castigar su indisciplinada conducta.

Por dificultades de alojamiento no pudieron permanecer sino muy pocos días en El Havre, pero allí tuvo San Martín la satisfacción de abrazar a su hermano Rufino, a quien hacía muchos años que no veía. Juntos pasearon por la ciudad portuaria, despidiéndose pronto para seguir viaje a Londres.

Algún tiempo después instaláronse en Bruselas. Mercedes

fué internada en un prestigioso colegio y el General tomó pensión en una modesta casa de hospedaje de la rue de la Fiancée.

Tristes, muy tristes, debieron ser para el Libertador esos días de Bélgica. Cercado por la pobreza y sin tener a su lado el “diablotín”, cuya ausencia hacíale más penosas sus jornadas de exilado en un país extraño a la modalidad de sus costumbres, el glorioso guerrero debió sufrir en lo más hondo de su espíritu la ingratitud de los hombres. Empezaba a sentirse viejo y a sufrir los efectos de sus graves dolencias. Abrumábalo la soledad espiritual y los punzantes recuerdos de la patria distante.

De esa época datan las “Máximas para mi hija”, compendio de alta inspiración moral que él quería grabar en el corazón de su infanta para que le sirviesen de normas en el espinoso camino de la vida.

Los progresos de la niña, que el General podía apreciar a través de las conversaciones que con ella mantenía cuando iba a buscarla semanalmente al colegio para brindarle un paseo, colmábanlo de satisfacción y de alegría. En 1829, con motivo del viaje que realizó a Buenos Aires, hubo de separarse de su hija. Al regreso —frustrado su deseo de visitar la Argentina— Mercedes era ya casi una señorita formal, una mujercita de trato encantador y de modales suaves y corteses. Poco tiempo después habría de conocer a Mariano Balcarce, agregado a la misión diplomática de nuestro país en Londres. Con él contrajo matrimonio el 13 de setiembre de 1832, apenas cumplidos sus diez y seis años.

Mariano Balcarce, hijo de uno de los más ilustres guerreros de la independencia, era un caballero honorable y talentoso, dotado de brillantes condiciones, que habría de hacer la felicidad de Mercedes. San Martín sentíase orgulloso de su yerno como se desprende de una de sus cartas. “Hace cinco años —expresa— había formado el proyecto de unir a mi hija con el joven Balcarce, hijo mayor de nuestro honrado y difunto amigo, y agregado a la legación de Buenos Aires en Londres; su juiciosidad no guarda proporción con su edad de 24 años;

amable, instruído y aplicado, ha sabido hacerse amar y respetar de cuantos lo han tratado; él no posee más bienes de fortuna que una honradez a toda prueba". A su consuegra doña Dominga Buchardo de Balcarce, residente en Buenos Aires, le escribe: "Dios ha escuchado mis votos. Si como espero este enlace es de la aprobación de Ud., será para mí la más completa satisfacción".

Fué un matrimonio feliz. Poco después de la boda los esposos Balcarce - San Martín realizaron un viaje a Buenos Aires para visitar sus respectivas familias. Para doña Tomasa fué una gran alegría volver a ver a su nieta Chiche, alejada de su lado a los ocho meses. Ahora, señora de un diplomático, regresaba a su país de origen donde daría a luz a su hija Mercedes el 14 de octubre de 1833, cuando negros nubarrones de odio empezaban a encapotar el cielo de la patria. El bautismo de la niña fué apadrinado por la abuela materna y el señor Mariano Moreno, hijo del prócer de la Revolución de Mayo. A consecuencia de una rápida enfermedad Mercedes dejó de existir en Francia, soltera, a los 26 años de edad, el 21 de mayo de 1860. "Murió en el mes de las flores —dice Capdevila— cuando ella era también una flor".

Josefa Dominga se llamó la otra hija de Mercedes. Nació en Evry-sur-Seine, Francia, el 14 de julio de 1836 y falleció casi nonagenaria en su residencia de Brunoy, en la cercanía del bosque de Senart, a escasa distancia de París, el 20 de abril de 1924.

Esta mujer excepcional contrajo matrimonio con el diplomático mexicano don Fernando Gutiérrez de Estrada, vinculado al partido político que coronó emperador de México al archiduque austriaco Maximiliano. Pepita, como la llamaban sus íntimos, nunca estuvo en nuestro país, pero desde su hogar en Francia seguía con vivo interés los progresos de la Argentina. Ella con su hermana Mercedes alegraron los años postremos del Santo de la Espada. En sus nietas encontró el abuelo inmortal la dicha que le fué tan esquiva en los días de su ardorosa y pujante madurez. Con sus padres rodeaban el lecho

del anciano glorioso la tarde tormentosa del 17 de agosto de 1850 en que el libertador de tres naciones cerró los ojos para siempre. Ya no tendrían a su lado la presencia física de aquel hombre extraordinario, pero en Francia quedarían honrando su memoria. Cuando la hora apoteósica llegó, la hija y una de las nietas habían muerto. Balcarce y Pepita estaban junto al féretro que guardaba los restos sagrados del gran paladín. El transporte "Villarino", atracado en el puerto de el Havre, los conduciría a tierra argentina para que su corazón reposara en Buenos Aires, como él lo quería. Un silencio hecho de angustia y de emoción acogió las palabras de Balcarce en aquel trance de la suprema despedida: "Me es muy doloroso —dijo— separarme de los restos queridos de mi ilustre padre político, pero me consuelo con la esperanza de que, restituidos a la patria ellos contribuirán a estrechar la concordia y unión de todos los argentinos. Así el general San Martín, aun después de su muerte, continuará sirviendo a su país".

Mercedes San Martín y Escalada, la hija única, falleció en París en el invierno de 1875, diez años justos antes que su esposo. De sus dos hijas, Mercedes había dejado de existir, soltera, en la edad de las ilusiones. La menor —Pepita— murió sin descendencia luego de una nobilísima vida consagrada por entero al bien de sus semejantes. Las obras de beneficencia contaron siempre con su apoyo económico y su consejo eficaz. La "Fundación Balcarce y Gutiérrez de Estrada", que funciona desde 1905 en Brunoy, es un asilo en el que los ancianos encuentran protección y cariño bajo la mirada vigilante de las hermanas de caridad.

La falta de descendientes varones hace que el linaje de San Martín se extinga entre nosotros. "Esto significa —dice José Pérez-Valiente de Moctezuma— que el Libertador adquiere condición mitológica, como los héroes de la antigüedad clásica; que su corporeidad no tiene ya otros puntos de referencia que el bronce y el mármol, y que su dimensión se agranda de acuerdo con la grandeza de su vida, sin equivalencia con ninguna otra de su tiempo ni de nuestro tiempo. Y es que San

Martín pudo superar el lema de su escudo naturalmente sin esfuerzo contradictorio. Fué lo que debía ser: un corazón en tránsito, una vida sin sombras, un hombre iluminado por el resplandor de la esperanza. Y un héroe de proyección universal, puesto que su obra, de renunciación y heroísmo, que es la Patria, sigue siendo en la actualidad una esperanza para el mundo”.

En esta hora centenaria en que se rinde culto fervoroso al Gran Capitán, hemos pensado que difundir algunos antecedentes sobre la familia del prócer es tarea edificante y patriótica. El destino lo alejó de los suyos y no pudo gozar de la dicha que el hogar proporciona sino en breves y fugaces momentos. En la ancianidad halló compensación a sus desvelos, como hemos visto. Sufrió el dolor del olvido y la injusticia de muchos compatriotas, sin que él tuviera una sola palabra de queja, un solo gesto de reproche. Tal deuda debe ser saldada. Por eso los argentinos de hoy y los que nos sucedan en el curso del tiempo tendremos que estar siempre junto al corazón de este varón ejemplar de la República. Tendremos que estar junto a él con el cariño y la devoción que en vida le brindaron sus familiares hasta la hora final de Bolonia del Mar en que se extinguió la luz de su existencia física para renacer en la inmortalidad. Así seremos dignos de su estirpe.

JULIO A. CAMINOS

